

Costeado por bienhechores

REDACCION Y ADMINISTRACION: P. TRES REYES, 2

Se reparte gratis

Hay que acabar con la blasfemia

La blasfemia se debe a una inspiración satánica. Los que blasfeman materialmente, son gentes con figura humana, pero en punto a educación y cultura, allí se van con los cuadrúpedos.

Abundan los blasfemos y abundan por nuestra cobardía. Raro es el día que no oímos blasfemar, y raro es el día que iras la blasfemia no sigue nuestra intervención nuestra reprobación y la humilde retractación del blasfemo. Indica esto que muchos blasfeman por costumbre, por mala costumbre y que al todos los católicos nos propuséramos, en cierta clase de personas la blasfemia se extinguiría paulatinamente.

Los peores blasfemos son muchos escritores que no saben lo que escriben, que lanzan blasfemias formales aunque no usen de frases maldicientes.

También figuran en primera categoría del mal esos que visten de señorito, que usan mucho alidamiento en el traje y ninguno en el lenguaje.

De estos hemos visto una tertulia que a lo mejor se llene por distinguida y aristocrática y en ella no falta quien dé al aire sus palabras obscenas y quien cobardemente blasfema, sin tener entre sus contertulios, quien le imponga el debido correctivo.

No hay derecho a blasfemar, como no hay derecho a salpicar de lodo al transeunte. Si hay blasfemos que les gusta chapotear en el cielo y usar la lengua que Dios le dió para alabarle, empleándola en proferir frases de lupanar o de retrete, la ley da medios para corregirlo.

Así como a los apesetados se les aisla, así a los blasfemos se les debe aplicar el máximo de la ley y mientras mejor vestidos

vayan más dura debe ser la sanción.

Acábase de una vez con gente así por honor de España, por honor de la raza, por honor nuestro.

Dos víctimas

Yo los ví devorando tristezas,
y al mirarlos quedé conmovido.
En un pobre rincón de un tugurio
a los dos abrazados he visto:
lloraba la madre,
soñolozaba el hijo,
y en fervientes plegarias ahogaban
sus tiernos gemidos.
Por su esposo y su padre gemían,
y rezaban a una quedito...

El era una hiena;
era un mal nacido;
de esos seres que vienen al mundo
para ser de los suyos martirio.

Era de diamante
su pecho mezquino.
Aherrojado por duras cadenas,
por las duras cadenas del vicio,
se igualó en crueldad a las bestias,
hecho presa continua del vino,
y su vida viciosa, del crimen
llevóte al abismo.

y blandiendo el puñal homicida,
el puñal del sangriento asesino,
al oscuro rincón de una cárcel
fué a purgar sus enormes delitos,
Mas era su padre,

y su esposo y, aunque era un perdido
a la Virgen por él elevaban
oraciones, entre hondos suspiros,
¡Pobre madre! Sufrir más no puedo;
¡la mató el delirio!

Clavado en el alma
del dolor el punzante cuchillo.
«Dame un beso, le dijo, me muero,
¡Ay, qué solo te dejo, hijo mío!»
Y el niño gemía:

«¡Llévame, madre mía, contigo!
No me dejes, no, madre, ¡o quieras
dejar me solito.»
Jesús no desoye
jamás a los niños.

Cuando al cielo voló aquella mártir
estrechó contra el seno a su hijo,
mas no pudo sentir de su pecho
los tiernos latidos,
porq e había estrechado un cadáver,
un cadáver frío,
rubio como el oro,
blanco como un irio.

Y murió la madre
abrazada al niño.
Y al salir sonrosada la aurora,
alumbró un idilio:

¡de una mártir el santo cadáver
abrazado al de un ángel bendito!

TEODORO GARCÍA ROBLEDO
Colegial de Roma

Castigo y arrepentimiento

Un eclesiástico que visitaba un hospital, fué conducido cerca de un soldado cuya vida parecía un prodigio, pues tenía el cuerpo horrosamente mutilado: El sacerdote se acerca al lecho y ve un hombre en cuya fisonomía se manifiesta apacible calma.

—¿E me ha dicho, amigo mío, que usted está gravemente herido, y que sufre mucho—dijo el sacerdote al enfermo.

—Sírvase levantar la sábana que me cubre—contestó sonriente el enfermo.

El sacerdote la levanta y se estremece de impresión al ver un robusto pecho al cual faltan los dos brazos

—¡Ay! no se asuste usted, tenga a bien levantar las sábanas a los pies.

El sacerdote la levanta con mano temblorosa, y ve que al enfermo, desde las rodillas abajo, le faltan ambas piernas.

—¡Pobrecito! yo le compadezco—exclama el capellán.

—No me compadezca V., señor: felicítame más bien. Al mismo estado en que me ve ahora reducido por la guerra, pocos días antes del combate, y con mis propias manos, reduje yo una imagen sagrada de nuestro Salvador. Marchaba con mis camaradas a la batalla, cuando al extremo del camino encontramos un crucifijo. Cada uno de mis compañeros quiso hacer de espíritu fuerte, pronunciando palabras sarcásticas y blasfemias. Yo quise aventajarles en insolencia, y sacando el sable eché por tierra los brazos del crucifijo; pero como todavía no se desprendiera de la cruz, en la cual estaba sostenido por los clavos de los pies, le corté las piernas y cayó. Nos alejamos y no volví a pensar mas en aquel

Cristo hasta el momento en que una metralla, que stibó sobre mi cabeza, cayó junto a mí; entonces, conociendo toda la enormidad de mi crimen, tuve miedo a la muerte y rogué a Dios con toda mi alma que me castigase sin piedad en esta vida con tal que me concediese misericordia en la otra. He sido escuchado; como había tratado a la imagen de nuestro Salvador he sido tratado, y ahora cuanto mayores sean mis padecimientos mayor será mi consuelo, porque el Señor, que ha oído mi oración, me ha castigado tan duramente por perdonarme.

La Irreligión de los hombres

¡SI NO FUERA POR SUS MUJERES!—La mayor parte de los hombres serían una abominación, y los más se condenarían para siempre. Si ellos no fuesen el dique de la irreligiosidad masculina, los más vivirían del todo sin Dios y morirían sin Dios.

ES NECESARIO CAMBIAR. —Es necesario, oh señores varones, cambiar de proceder. Hay que tomar otro camino. Debéis ser más religiosos, más cristianos. Porque para condenaros, para ser castigados por Dios, no os valdrá de nada el ser muchos y corrientemente irreligiosos. La religión no depende de que seáis pocos o muchos; y el juicio no se mitigará porque seáis muy numerosos.

LAS RAICES—Pondremos al queréis, el remedio en las raíces de vuestra irreligión. La mayor parte de los hombres son irreligiosos por una de estas razones, o por todas juntas. Por soberbia, o por escepticismo, o por rebeldía o por sensualidad; o por materialismo.

Remigio Viterito S. J.